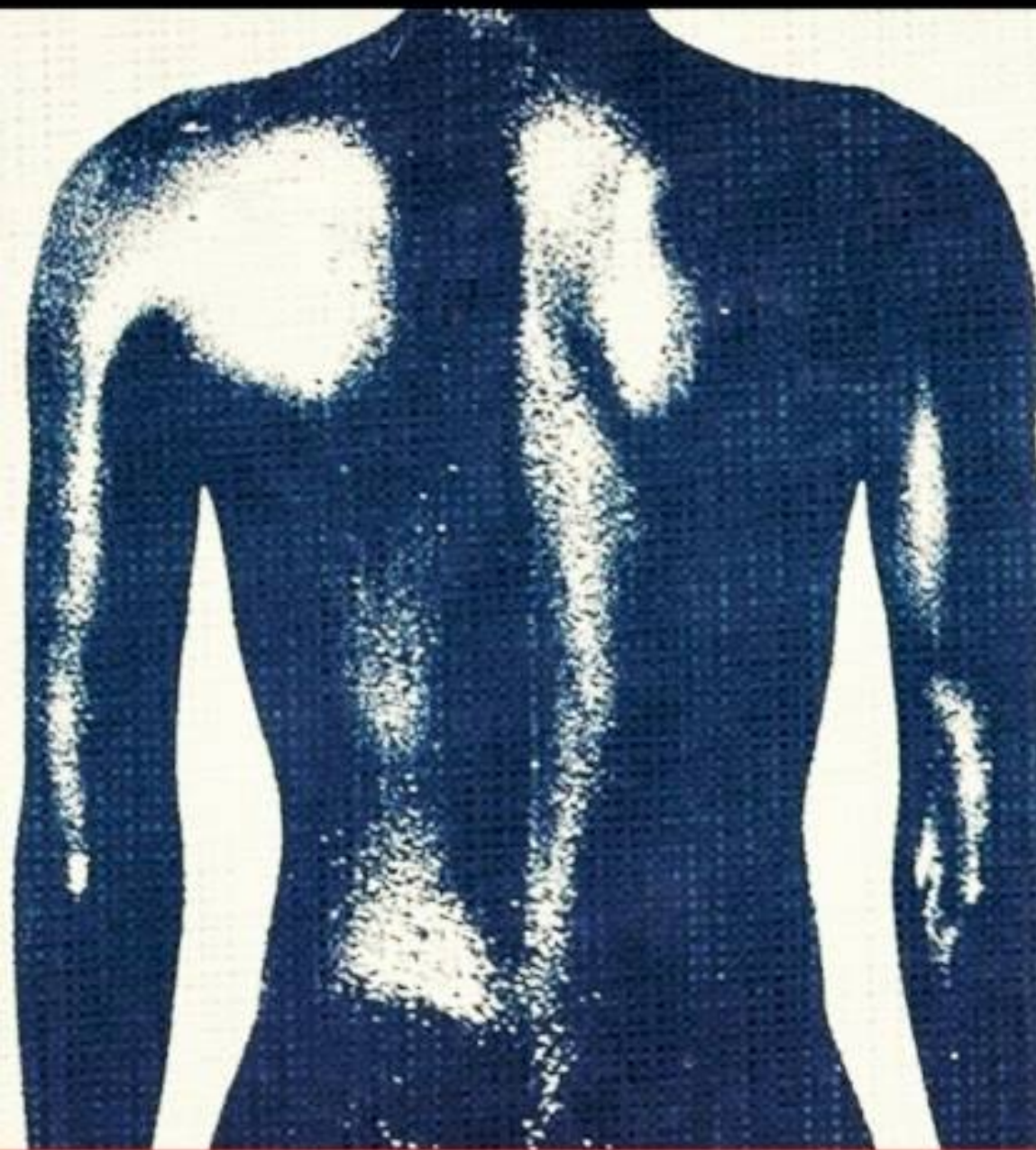


ROBERT BLY



IRON JOHN

Los roles y valores que nuestra cultura ha venido convencionalmente asignando a la mujer y al hombre ya no son válidos. Y si bien desde la aparición del movimiento feminista se han escrito gran cantidad de obras cuestionando la imagen tradicional femenina y aportando muy válidas vislumbres de la nueva mujer —la mujer del siglo XXI—, poco o nada relevante se había aportado respecto a la correspondiente nueva masculinidad. Robert Bly llena por fin ese vacío con esta obra largamente esperada y que fue número uno de las listas de *bestseller* del *New York Times*.

Es sabido que los cuentos y leyendas forman parte del acervo mitológico de la humanidad y que guardan en símbolos algunas de las verdades más profundas del ser humano. En esta obra, Robert Bly se apoya en el cuento *Iron John* (Juan de Hierro), de los hermanos Grimm, para desvelar la esencia más verdadera de los valores masculinos y desarrollar una nueva visión de la masculinidad que servirá de guía e inspiración a los hombres —y mujeres— de hoy en día.

Los comentarios y reflexiones de Robert Bly en torno al cuento *Iron John* ponen al descubierto una imagen mítica de la masculinidad largamente olvidada y que había sido oscurecida por nuestra cultura. Juan de Hierro es un hombre salvaje, un «hombre primordial», que guía a un joven príncipe a través de ocho etapas de crecimiento y maduración. De los comentarios y reflexiones de Robert Bly en torno a esta alegoría van emergiendo las imágenes de una masculinidad sensible y, no obstante, vigorosa, protectora y emocionalmente centrada. Esta nueva visión libera a los hombres de la pesada carga del machismo, culturalmente predominante, permitiéndoles recuperar sus valores más íntimos y auténticos.

ÍNDICE

Prefacio

I. La almohada y la llave

II. Cuando un pelo se vuelve de oro

III. El camino de cenizas, descenso y dolor

IV. El hambre de rey en una etapa sin padre

V. Encuentro en el jardín con la mujer-dios

VI. Resucitar a los guerreros interiores

VII. Cabalgando en los caballos rojo, blanco y negro

VIII. La herida infligida por los hombres del Rey

Epílogo

El cuento de Juan de Hierro

Sobre el autor

Notas

A Noah, Micah y Sam

PREFACIO

Vivimos un momento importante y favorable, porque los hombres saben que las imágenes de la masculinidad adulta heredadas de la cultura popular están obsoletas; un hombre ya no puede depender de ellas. Cuando alcanza los treinta y cinco años, todo varón sabe que las imágenes del hombre hecho y derecho, del duro, del verdadero hombre, que recibió en la escuela, no funcionan en la vida. Dicho hombre está abierto a nuevas visiones de lo que es o podría ser un varón.

Los cuentos de hadas y las historias narradas al calor del hogar se han filtrado, como el agua a través de una capa de tierra de veinte metros, a través de generaciones de hombres y de mujeres, y podemos fiarnos de sus imágenes más que de, por ejemplo, las inventadas por Hans Christian Andersen. Las imágenes de los viejos cuentos —el robo de la llave de debajo de la almohada de la madre, el hallazgo de una pluma dorada caída del pecho ardiente del Pájaro de Fuego, el descubrimiento del Hombre Primitivo bajo el agua del pantano, el seguimiento de los rastros de la propia herida por el bosque hasta descubrir que semejan las huellas de un dios— están pensadas para calar lentamente en el cuerpo. Una vez dentro, continúan desarrollándose.

Es en los viejos mitos donde tenemos noticia, por ejemplo, de la energía de Zeus, esa positiva fuerza carismática en los hombres, que la cultura popular se esfuerza constantemente en negar; del rey Arturo aprendemos a valorar el papel del mentor masculino en la vida de los jóvenes;

por la historia de Juan de Hierro nos enteramos de la importancia del tránsito de la esfera materna a la esfera paterna; y de todas las historias de iniciación comprendemos la trascendencia de la completa renuncia a las expectativas paternas y de la búsqueda de un segundo padre o «segundo Rey».

Hay iniciación masculina, iniciación femenina e iniciación humana. Este libro trata únicamente de la iniciación masculina. Quiero aclarar que aquí no se pretende volver al hombre contra la mujer, ni volver a situarlo en ese lugar dominante que, durante siglos, se ha traducido en la reposición de las mujeres y de sus valores. Las ideas aquí expresadas no constituyen un desafío al movimiento feminista. Las dos tendencias están relacionadas, pero avanzan a distinto ritmo. Desde el inicio de la Revolución Industrial, el sufrimiento del hombre ha ido incrementándose sin cesar, hasta alcanzar una intensidad que no es posible ignorar.

Conocemos bien el lado oscuro del varón. Son innegables su desenfadada explotación de los recursos naturales, la desvalorización y humillación a que ha sometido a la mujer y su obsesión por las guerras tribales. Sus obsesiones están condicionadas por la herencia genética pero también por la cultura y el medio ambiente. Nuestras mitologías son insuficientes e ignoran la profundidad del sentimiento masculino, asignan al hombre un lugar en el cielo y no en la tierra, inculcan obediencia a poderes erróneos, se esfuerzan por impedir que el hombre deje de ser niño y someten al hombre y a la mujer a sistemas de dominación industrial que excluyen tanto el patriarcado como el matriarcado.

Este libro está dirigido, en gran medida, a los varones heterosexuales, pero no excluye a los homosexuales. El término heterosexual empezó a emplearse en el siglo XVIII; hasta ese momento, se consideraba a los homosexuales como parte de la extensa comunidad de los varones. Tal como yo la veo, la mitología no hace mayores distinciones entre hombres homosexuales y heterosexuales.

En este libro hablo del Hombre Primitivo, y la distinción entre Hombre Primitivo y salvaje es fundamental. El salvajismo es profundamente perjudicial para el alma, la Tierra y la Humanidad; cabría decir que, aunque el salvaje está herido, prefiere no reconocerse. El Hombre Primitivo, que ha examinado sus heridas, se parece más a un sacerdote zen, a un chamán o a un leñador que a un salvaje.

El saber necesario para construir un nido en un árbol desnudo, migrar cuando llega el invierno, o realizar la danza del apareamiento; toda esta información está almacenada en los depósitos del cerebro instintivo del pájaro. Pero los seres humanos, conscientes de cuánta flexibilidad podían necesitar para afrontar situaciones nuevas, decidieron almacenar este tipo de conocimientos fuera del sistema instintivo; lo almacenaron en los cuentos. Por consiguiente las historias —los cuentos de hadas, las leyendas, los mitos, los relatos narrados al calor del hogar— conforman una reserva de nuevas formas de respuesta que podemos adoptar cuando las formas convencionales y habituales se agotan.

Algunos de los más grandes estudiosos de esta reserva en los últimos siglos han sido George Groddeck, Gurdjieff, Carl Jung, Heinrich Zimmer, Joseph Campbell y Georges Dumézil. Mi primera maestra en el análisis de los cuentos de hadas fue Marie Louise von Franz, y he intentado ser tan fiel a las historias masculinas como lo ha sido ella a las femeninas en sus muchos libros.

Este libro se inspira en una gran comunidad de varones, la mayoría de los cuales trabajaron en este campo mucho antes de que yo me introdujese en él. Entre los primeros está Alexander Mitscherlich, el analista alemán muerto en 1981, así como varios magníficos pensadores en lengua inglesa. Me siento muy en deuda con aquellos junto a los que gozosamente enseñé durante los últimos ocho años: Michael Meade, James Hillman, Terry Dobson, Robert Moore y John Stokes, entre muchos otros. A Keith Thompson me gustaría agradecerle su interés en el material sobre

varones; el primer capítulo es una reelaboración de su entrevista conmigo. Y a mi editor, William Patrick, por su entusiasmo y consejo.

Me siento igualmente agradecido a los muchos hombres que han depositado su confianza en mí para que les escuchara, y que me han honrado contándome sus propias historias, o sencillamente cantado, bailado o llorado. Si bien en este libro propongo una senda de iniciación en ocho etapas, otros podrían darles un orden diferente, o proponer etapas completamente distintas. Se hace camino al andar. Como dijo Antonio Machado:

*Caminante, no hay camino,
sólo estelas en la mar.*

Robert Bly

I. LA ALMOHADA Y LA LLAVE

Se habla mucho acerca del «hombre americano», como si hubiese alguna cualidad constante que permaneciese inalterable a lo largo de las décadas, o inclusive a lo largo de una sola década.

Los varones de hoy guardan poca o ninguna relación con el granjero saturnal de mentalidad arcaica y orgullosamente introvertido que llegó a Nueva Inglaterra en 1630 dispuesto a asistir a tres servicios seguidos en una iglesia sin calefacción. En el Sur se desarrolló un caballero expansivo y criado en un entorno matriarcal. Estos dos «hombres americanos» se parecían muy poco al codicioso empresario ferroviario que más tarde se desarrolló en el Noroeste, y a los temerarios colonos sin cultura del Oeste.

Aún en nuestra era, el modelo paradigmático ha cambiado enormemente. Durante la década de los cincuenta, por ejemplo, apareció un personaje americano con cierta consistencia que se convirtió en modelo de masculinidad adoptado por muchos varones: el hombre de los cincuenta.

Trabajaba desde temprano, era responsable, mantenía a su mujer y a sus hijos y admiraba la disciplina.

Reagan es una especie de versión momificada de este tipo tenaz. Esta clase de varón no tenía en demasiada consideración el alma de las mujeres, pero apreciaba su cuerpo; y su visión de la cultura y del papel que desempeñaban los Estados Unidos en ésta era infantil y optimista. Tenía muchas cualidades fuertes y positivas, pero detrás de la

apariciencia había, y sigue habiendo, mucho aislamiento, privación y pasividad. Necesita un enemigo para saberse vivo.

Al varón de los cincuenta supuestamente le gustaba el fútbol, era agresivo, fiel a los Estados Unidos, incapaz de llorar y generoso. Pero en la imagen de este varón faltaban el espacio receptivo o el espacio íntimo. Su personalidad carecía de fluidez. Su psique carecía de compasión, lo que se vio claro en la loca persistencia en la Guerra de Vietnam, igual que, más tarde, la carencia de lo que podríamos llamar «zona ajardinada» en la cabeza de Reagan se tradujo en la insensibilidad y la brutalidad hacia los desposeídos en El Salvador, o hacia los ancianos, los parados, los colegiales y los pobres en general de los Estados Unidos.

El varón de los cincuenta tenía una idea clara de lo que era un hombre, pero el confinamiento y la parcialidad de su visión revestían peligro.

Durante la década de los sesenta, apareció otro tipo de hombre. La futilidad y la violencia de la Guerra de Vietnam hicieron que el hombre se preguntase si sabía realmente lo que significaba ser un varón adulto. Si la masculinidad significaba Vietnam, ¿querían ser varones? Mientras tanto, el movimiento feminista animó a los hombres a tener en cuenta a las mujeres, forzándolos a tomar conciencia de los problemas y los sufrimientos que el varón de los cincuenta se había esforzado por ignorar. A medida que los hombres empezaron a considerar la historia y la sensibilidad de las mujeres, algunos hombres empezaron a descubrir y prestar atención a lo que se denominaba su lado *femenino*. Este proceso ha seguido hasta nuestros días, y me atrevería a afirmar que la mayoría de los varones contemporáneos están involucrados en él de una manera u otra.

Hay algo maravilloso en este desarrollo —me refiero a la práctica masculina de asumir y educar la propia conciencia «femenina»—, y esto es importante. En los últimos veinte años, el varón se ha vuelto más reflexivo, más tierno. Pero mediante este proceso, no se ha vuelto más libre. Es un

buen chico que contenta no sólo a su madre sino también a la joven mujer con la que vive.

En los setenta, empecé a detectar por todo el país un fenómeno que podríamos denominar «el varón suave». Incluso hoy en día cuando hablo en público, más o menos la mitad de los varones jóvenes son del tipo suave. Se trata de gente encantadora y valiosa —me gustan—, y no quieren destruir la Tierra o dar comienzo a una guerra. Su forma de ser y su estilo de vida denotan una actitud amable hacia la vida.

Pero muchos de estos varones no son felices. Uno nota rápidamente que les falta energía. Preservan la vida, pero no la generan.

Y lo irónico es que a menudo se les ve acompañados de mujeres fuertes que definitivamente irradian energía.

Nos encontramos ante un joven de fina sensibilidad, ecológicamente superior a su padre, partidario de la total armonía del universo y sin embargo con poca vitalidad que ofrecer.

La mujer fuerte o generadora de vida que se graduó en los sesenta, por decirlo así, o que heredó un espíritu más viejo, desempeñó un papel importante en la creación de este hombre preservador, que no generador, de vida.

Recuerdo una pegatina de los años sesenta en la que se leía: «LAS MUJERES DICEN SÍ A LOS HOMBRES QUE DICEN NO». Sabemos que hacía falta tanto valor para resistirse al reclutamiento, ir a la cárcel o exiliarse al Canadá, como para aceptar el reclutamiento e ir a Vietnam. Pero las mujeres de hace veinte años decían claramente que preferían al varón más suave y receptivo.

De modo que el desarrollo del hombre se vio ligeramente afectado por esta preferencia. La virilidad no receptiva era equiparada a la violencia, mientras que la receptiva era premiada.

Algunas mujeres enérgicas, tanto entonces como ahora en los noventa, elegían y siguen eligiendo a hombres sua-

ves como amantes y, tal vez, como hijos. La nueva distribución de energía «yang» entre las parejas no se dio accidentalmente. Los jóvenes, por diversas razones, querían mujeres más duras, y las mujeres empezaron a desear hombres más suaves. Durante un tiempo parecía un buen arreglo, pero ya lo hemos experimentado lo bastante como para saber que no funciona.

La primera noticia de la angustia de los hombres «suaves» la tuve al oírles contar sus historias durante las primeras reuniones de varones. En 1980, la comunidad lamaística de Nuevo México me pidió que diera una conferencia para un público exclusivamente masculino, la primera que organizaban, en la que participaron unos cuarenta varones. Cada día nos dedicábamos a un dios griego y a una antigua historia, y luego, por la tarde, nos reuníamos a conversar. Cuando los más jóvenes hablaban, no era raro que se pusieran a llorar a los cinco minutos. Me asombró la cantidad de dolor y angustia de aquellos jóvenes.

Sus aflicciones se debían en parte al alejamiento de sus padres, que acusaban agudamente, pero otra parte se debía a problemas en sus matrimonios o relaciones de pareja. Habían aprendido a ser receptivos, pero la receptividad no era suficiente para sacar adelante sus matrimonios en tiempos de crisis. Toda relación necesita de vez en cuando cierta violencia: la necesitan tanto el hombre como la mujer. Pero, cuando surgía esta necesidad, el hombre solía quedarse corto. Su actitud era positiva, pero su relación y su vida requieren algo más.

El hombre «suave» era capaz de decir: «Sé lo que estás sufriendo y considero tu vida tan importante como la mía, y cuidaré de ti y te consolaré». Pero no podía decir lo que quería, y mantener su postura. *Resoluciones* de ese tipo eran tema aparte. En la *Odisea*, Hermes le ordena a Odiseo que cuando se aproxime a Circe, que representa cierto tipo de energía matriarcal, levante o muestre su espada. En estas primeras sesiones, a muchos de los más jóvenes les cos-

taba distinguir entre mostrar la espada y herir a alguien. Un hombre, una especie de encarnación de ciertas actitudes espirituales de los sesenta, un hombre que había vivido en un árbol en las afueras de Santa Cruz durante un año, se descubrió incapaz de extender el brazo cuando sostenía una espada. Había aprendido tan bien a no lastimar a nadie, que no podía alzar el acero, ni siquiera para reflejar la luz del sol. Pero mostrar una espada no implica necesariamente pelear. También puede sugerir una alegre firmeza. El viaje que muchos americanos han emprendido hacia la «suavidad», hacia la «receptividad» o hacia «el desarrollo del lado femenino» ha sido un viaje enormemente valioso, pero aún queda mucho por recorrer. No hay punto de llegada.

En busca de Juan de Hierro

«Juan de Hierro» o «Hans de Hierro» es un cuento de hadas que habla de una tercera opción, un tercer talante para los varones. Aunque fue consignada por vez primera por los hermanos Grimm en 1820, esta historia podría tener diez o veinte mil años.

Al principio del cuento nos enteramos de que en un área remota del bosque, cerca del castillo del rey, han venido sucediendo cosas extrañas. Los cazadores que se internan en esta área, desaparecen y nunca más se vuelve a saber de ellos. Otros veinte salen en busca del primer grupo y tampoco vuelven. Con el tiempo, la gente comienza a sentir que hay algo raro en esa parte del bosque, y «no vuelven allí».

Un día, un cazador desconocido se presenta en el castillo y dice: «¿Qué puedo hacer? ¿Hay algo peligroso para hacer por aquí?».

El rey dice: «Bueno, pues está el bosque, pero hay un problema. No todos los que van allí vuelven. El porcentaje

de retorno es muy bajo».

«Justo el tipo de cosa que me gusta», le dice el joven. De modo que se dirige al bosque y, curiosamente, va solo, llevando únicamente a su perro. El joven y su perro dan vueltas por el bosque y pasan junto a un pantano. De pronto, una mano sale del agua, coge al perro y lo arrastra hacia el fondo.

El joven no pierde los nervios. Sencillamente dice: «Éste debe de ser el lugar».

Encariñado como está con su perro y poco dispuesto a abandonarlo, el cazador vuelve al castillo, reúne a otros tres hombres con cubos y vuelve al lugar señalado para vaciar el pantano. Cualquiera que lo haya intentado sabe de sobra que semejante trabajo es muy lento.

Al fin, lo que encuentran, tendido en el fondo del pantano, es a un hombre grande cubierto de pelos de pies a cabeza. El pelo es rojizo..., semeja un poco el hierro oxidado. Llevan al hombre prisionero al castillo. El rey ordena que lo metan en una jaula de hierro que colocan en el patio, le da el nombre de «Juan de Hierro» y encarga la custodia de la llave a la reina.

Detengámonos por un momento en este punto de la historia.

Cuando un varón de nuestros días vuelve la vista hacia el interior de su psique, puede encontrar, si las condiciones son adecuadas, bajo el agua de su alma, tendido en un lugar que nadie visita desde hace mucho, a un peludo hombre antiguo.

Los sistemas mitológicos asocian el pelo con lo instintivo, lo sexual y lo primitivo. Lo que sugiero, entonces, es que cada varón moderno tiene, tendido en el fondo de su psique, un ser enorme y primitivo cubierto de pelos de pies a cabeza. Establecer contacto con ese Hombre Primitivo es el paso que le falta dar al hombre de los años ochenta o de los noventa. El proceso de vaciado es aún una asignatura pendiente de nuestra cultura actual.

Como sutilmente propone la historia, hay algo más que un ligero temor en torno de este hombre peludo, como lo hay alrededor de cualquier cambio. Cuando un hombre empieza a desarrollar su lado receptivo y supera sus temores iniciales, por lo general encuentra maravillosa la experiencia. Empieza a escribir poesías, a dar paseos y contemplar el mar, ya no necesita ponerse sistemáticamente encima de su pareja en el acto sexual, y se siente en consonancia con un mundo que le parece nuevo, bullente, asombroso.

Pero sumergirse en el agua para tocar al Hombre Primitivo del fondo del pantano es algo completamente distinto. El ser que se pone de pie es aterrador, y más aún hoy en día, cuando las multinacionales se esfuerzan tanto por producir el hombre sano, lampiño, superficial. Cuando un hombre asume su sensibilidad, o lo que solemos denominar su interior femenino, a menudo se siente más efusivo, más sociable, más vivo. Pero cuando se aproxima a lo que yo llamo el «varón profundo», se siente en peligro. Aceptar la existencia del Hombre Peludo infunde miedo y requiere otro tipo de valor. Tomar contacto con Juan de Hierro implica la disposición a sumergirse en la psique masculina y aceptar lo que allí abajo haya de oscuro, incluida la oscuridad *nutricia*.

Durante generaciones, la comunidad industrial ha advertido a los jóvenes ejecutivos que se mantengan alejados de Juan de Hierro, y la Iglesia cristiana tampoco le tiene demasiado aprecio.

Freud, Jung y Wilhelm Reich son tres de los investigadores que tuvieron la valentía de descender hasta el fondo del pantano y aceptar lo que allí encontraron. La tarea del hombre de nuestros días es seguirles hasta allí abajo.

Algunos varones ya han recorrido esta senda, y el Hombre Peludo ha sido sacado del pantano de sus psiques y vive en el patio. «En el patio» sugiere que el individuo o la cultura lo ha sacado al aire libre, donde puede ser visto por